




Erasmus Zarzuela

## Matrimonio

Estado civil que dos personas eligen para destruirse legalmente. Virus maligno contra el cual la naturaleza humana, salvo ciertas desviaciones de orden hormonal o psíquico, no tiene defensas. En el mundo civilizado está compuesto, en su forma original y común, de dos partes: la esposa, artículo más o menos blando que por su tendencia a la domesticidad y debido a la convivencia con el tiempo se vuelve intolerable; y el marido, instrumento más o menos irascible que por su decidida inclinación a la intolerancia y a causa de la convivencia con el tiempo se vuelve insoportable. Es curioso, pero por algún extraño designio, la primera de estas partes suele ser más durable que su contraria.

Agustín Monsreal en: *Diccionario de Juguetería*.



el duende  
director: luis urqueta m.  
consejo editor: alberto guerra g.  
benjamín chávez c.  
erasmo zarzuela c.  
coordinación: julia garcía o.  
diseño: david ángel llanes  
casilla 448 telfa. 5276816-5288500  
e-mail: oruduende@latinmail.com  
duendejulia@hotmail.com



Oruro S.A.

Zona Franca

## Las muertes de Horacio Quiroga

Horacio Quiroga nació en El Salto, Uruguay, el último día de 1878 y murió en Buenos Aires el 19 de febrero de 1937, de manera que compartió uno de los períodos más ricos de la literatura hispanoamericana: son contemporáneos suyos, entre otros, Leopoldo Lugones, José Enrique Rodó, Rubén Darío, Julio Herrera y Reissig, Vicente Huidobro, Ramón López Velarde.

Empezó a escribir alrededor de los quince años y no dejó de hacerlo durante toda su vida, a pesar de largos trechos en que no publicaba libros. Cuando viajó a París, aparte de conocer personalmente a Rubén Darío, no sacó mayor cosa de provecho: París no era para él. Muy joven capitaneó en Montevideo un alegre grupo literario llamado Consistorio del Gay Saber, rival amistoso de la Torre de los Panoramas, comandado por Julio Herrera y Reissig. Comenzó escribiendo con los seudónimos de Guillermo Wynhart (nombre del protagonista de *El mal del siglo*, de Max Nordau) y Aquino Delagoa, según el *Parnaso Oriental*, que nunca miente. Publicó revistas literarias, incurrió en el periodismo y acometió negocios descabellados que terminaron en el fracaso. Como la mayoría de los escritores de Hispanoamérica, sirvió en el cuerpo consular y diplomático, pero no hizo ahí nada de utilidad para su país, excepto convertirse en él mismo. Según dicen, quiso a la selva más que a nada en el mundo. Su poesía adolece de los peores defectos del Modernismo y no cuenta con ninguna de las sólidas virtudes de éste; practicó con amor el ciclismo y con odio la enseñanza de la literatura, intentó novelas y dramas con mediano éxito, puesto que, finalmente para lo que estaba llamado era para el cuento, género que manejó como muy pocos en nuestro idioma y en cualquier idioma.

Este hombre enjuto, desgarrado y pertinaz, conoció rechiflas y aplausos, riqueza y pobreza, serpientes, ríos pequeños y ríos inmensos, hormigas incontenibles y mieles venenosas, y a muchos hombres, atrapados en la ciudad o en la selva. Pero por sobre todo conoció de cerca la tragedia. Su vida es un largo sueño trágico. Si un día alguien hubiera imaginado un hombre con un destino como el de Quiroga y hubiera escrito un cuento con ese tema, ese cuento sería malo y de una monotonía mortal en el sentido exacto de la palabra monotonía y de la palabra mortal.

Fijense: su padre, sin quererlo se da muerte con una escopeta de caza; su hermano mayor muere en un accidente; su padrastro cae víctima de la parálisis y un día desesperado tras una laboriosa tarea de intensos minutos, logra por fin colocarse en la boca el cañón de una escopeta y disparar la muerte con el dedo pulgar de su pie derecho; su gran amigo literario, Federico Ferrando, previendo que tendría que batirse en duelo, compra una pistola y va a ver a Quiroga para que éste lo instruya en su manejo: Quiroga, buen conocedor, ignora que el arma está cargada, sale un tiro que da muerte a Ferrando y sume a Quiroga en la desesperación. Cierta día Quiroga emprende en la selva una de sus fantásticas empresas económicas, labra la tierra y levanta su casa con sus propias manos; lleva a vivir con él a su mujer, quien desquiciada por una vida para la que no estaba hecha, se suicida ingiriendo veneno. Años más tarde, febrero 19 de 1937, el propio Quiroga, perseguido por los males físicos, se mata en forma semejante. El epilogo lo pone su hija, quien también se suicida algún tiempo después.

No, nadie podría escribir un buen cuento con ese tema: demasiados tiros, demasiado cianuro, demasiado azar, pero Quiroga sí; esas muertes desatinadas están presentes en casi toda su obra, en la que el horror, los seres extraños, alcohólicos, locos y los enteramente cuerdos, aparecen vivos detrás de cada página. Sus cuentos están unidos por un hilo común: la mayoría participan de la fatalidad o de lo ingrato. Hay en todos, también un sentido humano profundo, una grandeza, un amor viril a las cosas, a los animales, a los hombres y un amor a la vida cuyas raíces tal vez debamos buscar en aquella confusión de disparos y cianuro, en aquellas muertes con las que Quiroga se saludaba todos los días.

Hay que tener presente sin embargo que Horacio Quiroga dio muy buenos consejos o reglas sobre la mejor manera de escribir cuentos, no de vivir la vida.

Augusto Monterroso